

La joven muy pálida, haciendo un supremo esfuerzo para articular sus palabras, le dijo sin atreverse á mirarle:

—Lo que me ha dicho no es un sueño: es tan fácil de realizar. Su padre yo espero que estará libre muy pronto y construir una casa no es imposible.

—Pero le he dicho que hay más—añadió él, y como si en ese momento vinieran en su auxilio todo el aplomo y la serenidad de hombre de mundo que le habían abandonado, concluyó:

—Soñaba, voy á decírselo: en que Ud. estuviera allí con nosotros para completar su obra conmigo; ha logrado disipar mis horribles sufrimientos después de la desgracia de mi padre y volverme las esperanzas, pues entonces haría más aún, completaría mi felicidad.—Y como encendido por sus propias palabras, cada vez más vehemente,

más enternecido, siguió hablándola de sus sueños, de sus ideales, en tanto que aquella tarde magnífica se apagaba entre sombras y los últimos rumores del día se ahogaban en el silencio de la noche.

XV

Cuando Catalina llegó á su casa sentía el vértigo de las grandes emociones. Palpitaba su corazón y parecía enviar, en cada uno de sus latidos, oleadas de sangre hirviente que iban á agolparse en el cerebro hasta aturdirla por completo. Su pecho oprimido la obligaba á respirar fuerte como si una gran presión estuviera á punto de ahogarla. En aquellos momentos hubiera deseado tener alguien á quien hacer partícipe de su inmensa felicidad; un confidente á quien referir cómo en su vida se había realizado un cuento de hadas! Vanos anhelos, á su alrededor no había nadie

que pudiera comprenderla. Recurrió entonces al desahogo de toda mujer que tiene que guardarse para sí sus dolores ó sus venturas; recurrió á las lágrimas. Lloró abundantemente, mientras su espíritu se abismaba en reflexiones y recuerdos. Pensó en las hondas tristezas que padecía; en su amor á la muerte, verdadera ilusión de su alma enferma. Recorrió su vida toda. Comenzó por recordar su infancia, la grave enfermedad que padeció siendo muy niña y que dejó su organismo debilitado, propenso á todos los dolores y á todos los males y su alma triste, soñadora, apocada: condiciones físicas y morales que adquirieron proporciones más grandes cuando la muerte le arrebató á su madre, aquella buena mujer toda dulzura, toda cariño, pobre de espíritu, pero rica, inmensamente rica de corazón. Después

se le presentó clara y patente su entrada en el Colegio. ¡Cuánto sufrió en aquellos días! ¡Cómo se burlaban las condiscípulas, muchachas casi todas creadas entre la elegancia y el buen gusto, de sus trajes costosos, pero abigarrados y cursis! Y cómo la veían con ojos de superioridad y casi de desprecio! A ella tampoco se le ocultaba su triste condición de muchacha de campo y eso la hacía ser humilde, servicial con todas sus compañeras, hasta que concluyó por ganarse sus voluntades con bondad y dulzura. Entonces cambió su situación en cuanto á la parte material de la vida; pero en el fondo de su espíritu quedaba un gran sedimento de amargura. Las mismas atenciones y benevolencias de las Madres habían sido causa de tormento para ella. Al principio las agradeció con toda la inten-

sidad de su ser débil y tierno; pero pronto vino á comprender que no se trataba sino de una explotación á su padre, cuyo capital les era bien conocido. La cruz que le colgaban al cuello, la banda que le cruzaban al pecho, los dulces que solían darle en el comedor particular de las Madres, hasta los golpecitos en la cabeza y los apretones de barba, quizá aparecían en las cuentas que mensualmente le pasaban á su padre y que iban siendo de vez en vez mas crecidas. Cuando Catalina se enteró de aquel comercio vil, perdió hasta el goce de esos pequeños halagos. Sus únicos momentos verdaderamente felices, eran los que pasaba con Eloisa Delgado, una muchachita adorable, con sus ojos azules de un azul oscuro y profundo, su tez blanquísima levemente rosada, y su cabellera rubia-castaña, leonada, corta pero

abundante, fina y deshecha en ondas que le daban, por las refracciones de la luz, tonalidades diferentes de oro: el mate y brillante; el que se acerca al anaranjado vivo de los crepúsculos y el que se confunde con el amarillo pálido de las espigas. Y luego era tan graciosa, tan ocurrente, tan desinteresada. Desde el día en que Catalina entró al colegio tuvo buena amistad con ella. Fué la única que no osó burlarse de sus vestidos; la que le indicó el corte y los colores para los nuevos que debía hacerse; la que con su prestigio de niña hermosa y rica la hizo valer entre el resto de las educandas. El recuerdo de Eloísa era el único grato recuerdo de su vida de colegiala. Cuando, concluída su educación, volvió á la casa paterna, se acentuó aún más su tristeza. Amaba á su padre tiernamente; pero no desconocía

que éste con su naturaleza ruda, con su absoluta ignorancia, no podía ni comprender ni apreciar las delicadezas de una joven educada como ella y tan sensible de alma. El matrimonio, solución de la vida de toda mujer que aun no ha llegado á la edad de la desesperanza, no le ofrecía halagüeña perspectiva. Los hombres á quienes veía y de quienes era vista á diario, eran seres vulgares, peones, gente inculta, que no podían hacerle ilusión ninguna. Estaba condenada á vejeitar, á consumir su vida, como las religiosas en los claustros, con la desgracia mayor de no haber pronunciado votos, ni de tener un fervor tan acrisolado, una fe tan grande, como para olvidarse del mundo por consagrarse en absoluto á Dios.

Pero de pronto su vida había cambiado. Las sombras venían á ser sustituidas por una des-

lumbrante claridad. Ella que había renunciado al amor, se encontraba que el amor venía á buscarla y bajo la forma de un sér privilegiado, de un joven por quien todas las muchachas que la veían con desprecio en el Colegio de Sión, sentían latir sus corazones y á cuya presencia se encarnaban sus mejillas; de un hombre cuya imagen bogaba en los sueños de las más hermosas adolescentes. Tanta felicidad la abrumaba. Sentía el deseo de vivir, de gozar. Estaba llorando y al mismo tiempo hubiera querido dar saltos de alegría.

Cuando el llanto calmó su excitación nerviosa, cuando estuvo más serena, se enjugó los ojos y con el corazón lleno de dulce piedad, se puso de rodillas ante una imagen de la Virgen de Lourdes que tenía junto á su lecho y dió gracias á la santa Madre por la inmensa ventura que

le deparaba; después abrió su ventana para recibir el fresco y tuvo la más agradable de las sorpresas: desde allí, cosa en que no había reparado antes, se dominaba la parte superior de la casa de Ricardo y se alcanzaba á ver una ventana por la cual salía, derramándose en oro sobre los árboles, amarillenta claridad. El velaba también, presa acaso de los mismos sentimientos que á ella la animaban. Aquel reflejo era también una palabra de amor.

XVI

Pasó el mes de mayo y con él la fiesta de la Virgen. Ricardo y Catalina ya no tuvieron ese pretexto para verse todos los días; pero de tal manera se habían acostumbrado á sus diarias entrevistas que no les fué dado prescindir de ellas. A fin de verse con toda libertad dispusieron hacer paseos por las cercanías todas las tardes. Su lugar predilecto era allí, en el fondo de la cañada por donde el Horco pasa murmurante entre su lecho de guijas. Se apartaban del camino lo suficiente para no ser vistos, y sentados bajo un mangal de tupido follaje, cuyas ramas se inclinaban al peso de los frutos



que con asombrosa exuberancia se escondían entre las hojas, dedicábanse largas horas á sus tiernos idilios donde entre los proyectos de la vida ordinaria, aleteaba, con su cortejo de soñaciones y esperanzas, el amor. Entre tanto los hermanitos de Catalina, Juan y Francisco, aprovechando una pendiente, se deslizaban sentados sobre pedazos de cuero, con las piernas en alto, las plantas de los pies viendo al cielo y las manos unidas para detener el cuero y mantenerse inclinados. El zacate, medio marchito por la falta de lluvia, facilitaba el deslizamiento de tal modo que bajaban con la rapidez de un trineo. Unos y otros, entretenidos, no vieron, cierta tarde, que el cielo, antes azul, se había cubierto de negros nubarrones. Soplaba un viento húmedo y fuerte que balanceaba los árboles, y los pájaros huían

á refugiarse en sus nidos. Los gritos agudos y continuados de las *piapias* se iban apagando á medida que se alejaban, hasta desvanecerse en un quejido apenas perceptible. Las primeras gotas, grandes, dispersas, comenzaron á caer con gran ruido, levantando ampollas en el polvo reseco.

—Vámonos—que llueve, dijo Catalina llena de espanto, y todos apresuradamente se pusieron en camino.

Habían apenas llegado frente á la casa de Ricardo, cuando se desató un fuerte aguacero. Chasqueaban las gotas sobre las hojas de los árboles; se veía el espacio cruzado por una urdimbre de hilos de cristal, y las rachas de viento que se sucedían á intervalos cortos, pasaban desgastando aquel tamiz hasta esparcir como nubecillas de polvo de agua. Ricardo comprendió que

aquello podía ser fatal para Catalina, siempre tan delicada y enfermiza, y la dijo:

—No es posible seguir: le ruego que entre un momento á casa y en cuanto pase el rigor de la lluvia se marcha.—Dió tal acento de ternura, de súplica á sus palabras, que Catalina no se pudo negar. Entró.

La lluvia venía acompañada de granizos que revotaban al caer, como saltan los copos de espuma cuando las olas revientan contra un peñón. Juan y Francisco dando gritos de contento pusiéronse á recoger granizos en el corredor, mientras Ricardo y Catalina, en la sala recorrían las páginas de un álbum que él sacó para mostrar el retrato de su madre. La joven ligeramente inclinada sobre la mesa, contemplaba la figura de aquella linda mujer y buscaba, ó mejor dicho creía encontrar,

en aquel rostro las mismas líneas,—suavizadas naturalmente por el corte femenino,—que tanto le seducían en Ricardo. Él, de pie á su lado, mantenía la cabeza casi junto á la de su amada, no veía el álbum, tenía fijos los ojos en los negros y ondeados cabellos de la joven y aspiraba con deleite el virginal perfume que de aquella linda cabeza se desprendía. De pronto no pudo contenerse y suave, tímidamente pasó sus labios arriba de la sien. Fué un beso casto, como los que dejan las niñas en la orla nivea de la madre de Jesús. Al roce de aquel beso Catalina sintió un suave desfallecimiento; sin embargo se puso de pie con el rostro encendido y los ojos brillantes. No era enojo lo que la animaba, era miedo.

—Me voy, ya casi no llueve —dijo tendiéndolo su mano á Ricardo y salió de la sala llevando

en su alma una sensación de vago placer, amargado por la vergüenza que le infundía su debilidad, su condescendencia en entrar, casi sola, á la casa de un hombre soltero, amado y hermoso.

XVII

Las primeras lágrimas de Catalina mojaron la tela en que bordaba; después el bastidor escapado de sus rodillas cayó al suelo.

—Qué gente tan infame—murmuró con palabras ahogadas por sollozos.

Una vecina acaba de visitarla, para prevenirla, con aire de misterio y sigilo, de que en el pueblo se comentaban mucho sus relaciones con Ricardo y se decía que ella todas las tardes iba á la casa del joven.

—Pues mienten, mienten los que eso dicen—exclamó Catalina.

—De todos modos, hay que

tener prudencia—añadió la portadora de noticias y tomando un tono de protección, de consejo—agregó:—Ud. no tiene madre y las niñas solas, no siempre saben lo que hacen: se dejan llevar de sus gustos y no piensan en nada. Ese señor es muy rico y de la ciudad, y yo, por experiencia, se lo digo: esos no nos buscan á las del campo para nada bueno. Cansada estoy de verlo.

La joven sintió que la sangre le quemaba el rostro.

—Agradezco sus consejos—repuso dominando su justa indignación—pero yo me cuido, y me cuidaré siempre sola. ¡Aunque no lo necesito; Ricardo no es como todos!

Apesar de tan enérgica protesta la vecina no se rindió, con su misma voz lastimera y su aire imbécil, siguió dando consejos y refiriendo historias con que pre-

tendía demostrar sus asertos. Cuando no tuvo ya que decir, satisfecha de su obra, se marchó dejando en el alma de Catalina el dolor de la calumnia y el gusano de la duda.

El llanto fué bálsamo aliviador.—¿Porqué me aflijo? se preguntó después de un momento. Yo estoy satisfecha de mí y eso basta. Haré que Ricardo venga aquí para evitar murmuraciones y seguiré siendo feliz. Ahora mismo lo mando llamar—y al decir esto una sonrisa plácida, luminosa, borró las huellas que el llanto había dejado en su rostro.

Las cinco de la tarde serían cuando Ricardo entró en casa de Catalina.

—Sentémonos aquí—dijo la joven señalando el extremo del corredor.—Me gusta este lugar por que se parece al campo libre. Además se goza de un panorama bellissimo.

En efecto, desde aquel punto se dominaba todo el valle, soberbio en su plenitud de naturaleza tropical. Al pie de una montaña azul, como un asiamiento de grandes piedras blancas, se veía San José.

—Ves la ciudad?—preguntó Catalina, señalando el fondo del valle y la falda del monte.—¿No te da tristeza, ganas de ir allá?

—Absolutamente,—murmuró Ricardo—la odio con toda mi alma. Ya te he dicho que estoy dispuesto á no volver á ella. ¿Para qué? si soy tan feliz aquí, á tu lado. Y los amantes comenzaron á soñar en voz alta. Hablaron de su casita, de su aislamiento, del jardín que cultivarían entre ambos, de la felicidad, en fin, que les aguardaba allí lejos del mundo, al amparo de la naturaleza salvaje, del campo verde lleno de emanaciones saludables, de perfumes, de trinos, de arrullos.

La tarde principió á declinar: las sombras como una niebla gris desprendida de lo alto, comenzaron á descender sobre el mundo.

—Mira qué lindo—gritó Catalina,—señalando la ciudad que acababa de encender sus fanales de luz eléctrica. El asinamiento de grandes piedras blancas se había convertido en un nido de cocuyos: semejaba un collar de brillantes en un estuche de terciopelo negro.

—Muy lindo, pero no me atrae—respondió Ricardo.—Yo sé que entre esas luces hay un hervidero de pasiones y de infamias. Prefiero estar aquí, gozar del espectáculo y no participar de los miasmas; sobre todo estar aquí á tu lado, aspirando tu aliento, sintiendo el contacto de tus manos, embriagándome con el aroma de tus rizos.

En aquel momento apareció

en el corredor el padre de Catalina.

—Ah! don Ricardo, Ud. por aquí; cuánto gusto. ¿Viendo San José?—y el anciano sin dar tiempo á una contestación agregó con su imprudencia de hombre inculto:

—Si Ud. hubiera estado aquí cuando se quemó el almacén de su papá, eso sí que era bueno, parecía un horno grandote.

Aquel recuerdo hizo temblar á Ricardo, volvió sus ojos á la ciudad, salpicada de luces, y la imagen de su padre, preso, triste, quizás enfermo, vino á ocupar su imaginación llenándole de invencible angustia. Sintió el deseo de estar solo, de hundirse en hondas meditaciones, de llorar. Tendió la mano á Catalina y al anciano, y fué á sepultar, en la quietud de su casita campestre la sombra de su inmenso dolor.

XVIII

Con ansia leyó Ricardo la carta que acababa de recibir. Era del Licenciado Pereira y le anunciaba que muy pronto su padre quedaría libre. «El negocio,—decía con su habitual cinismo,—se resolvió como yo lo había indicado: hablaron las lenguas de oro y hasta la justicia enmudeció.»

Al principio Ricardo, sin casi darse cuenta de ello, recibió la noticia con cierto disgusto. Le pareció que tocaban á su fin los días de tranquilidad, de sosiego, pasados en el campo bajo el ala sedosa de un bello idilio. En seguida, desechando aquellos pensamientos que vagaban por su

alma arropadas como en una nebulosa, confusos, indistintos, se entregó con todo ardor á su felicidad. El hijo sustituyó al enamorado y las puertas de su corazón se abrieron para dar entrada á una noble y justificada alegría. Al momento participó la buena nueva á Catalina. El alma de la joven, ajena de egoismos, acostumbrada á vibrar al unísono que la de su novio, sintióse también invadida de dicha desbordante.

El placer como el dolor avivan la sensibilidad, de tal modo que Catalina y Ricardo estuvieron aquel día más tiernos y apasionados que nunca. Unieron á sus dulces sueños de enamorados la persona de don Carlos; vieron abierto el porvenir, risueño y hermoso para recibirlos; las nostálgidas tristezas de élla y los amargos desencantos de él, se borraron, desaparecieron y

sólo el amor triunfante y la felicidad vencedora, tuvieron cabida en sus espíritus enloquecidos.

XIX

El ruido de numerosa cabalgata y el murmullo de voces alegres entre las cuales creyó Ricardo percibir su nombre, le hicieron abandonar la lectura y bajar al jardín. Juan, Enrique, sus íntimos amigos, y algunos jóvenes más, se apeaban en aquel momento frente á su casa.—Hola, Ricardo!—gritaron—te traemos una gran noticia!—Éste al verlos estuvo á punto de entrarse á su casa y cerrar las puertas para no recibirlos. Le faltó voluntad; prefirió ser frío, á ser grosero. Enrique fué el primero en entrar y abrazándole cariñosamente le dijo:

—Hoy sale libre tu papá y ve-

nimos á buscarte; prepárate para que te vayas con nosotros.

—No me voy—contestó Ricardo con acritud, pálido el rostro y arrugado el entrecejo.

—¡Vamos! con que tan á gusto estás aquí? Ya me supongo que no has perdido el tiempo; pero de todos modos debes irte.

—Iré más tarde; tengo varias cosas que arreglar.

Mientras Enrique y Ricardo hablaban en el jardín, los compañeros se habían colado en la casa confanzudamente. Pedro, un moreno que tenía por costumbre meterse en todo, gritó de pronto, saliendo con el retrato de Catalina en la mano:

—Ya pareció el peine. Con razón este pájaro no quería irse. ¡Caramba, buen bocado es este!—y alzaba la fotografía para que todos pudieran verla.

—Lo que es la muchacha es un primor—dijo Juan tomando

una actitud grave y reposada—pero un padre vale siempre más que una querida.

De pálido que estaba Ricardo se puso encendido como la púrpura.

—No es querida—dijo—y sobre todo, no quiero que nadie se meta en mis cosas, ni venga á registrar mi casa.

—Pero hombre, no te enojas—agregó Enrique golpeándole el hombro cariñosamente. Calma; no hemos venido á molestarte; creímos hacer una gracia y nos salió un sapo. Nos vamos, no hay más que hablar.

—Ricardo guardó silencio; no quiso dar excusa ninguna y ellos que en el fondo valoraban lo mal que habían procedido con su amigo, despidiéronse friamente y se pusieron en marcha.

—Este se ha vuelto un patán—dijo Pedro al salir—daño le ha hecho el campo.

—Qué campo! repuso Juan. Ahora que sabe que ha recobrado su dinero, se hace el despreciativo. A raíz del incendio lo hubiera yo visto!

Entretanto Ricardo, presa de viva emoción, se preparaba para ir á San José. No quiso despedirse de Catalina, pensando regresar aquella misma noche en unión de su padre, y partió.

¡Qué momento tan feliz fué para el padre y el hijo cuando se encontraron. Ambos lloraban; se abrazaban, volvían á abrazarse, viéndose con ojos vivos y penetrantes como si dudaran de la realidad. Don Carlos estaba muy delgado, pálido, su cabello había emblanquecido notablemente; en seis meses habían pasado sobre él cinco años. Ricardo no, estaba gordo, encendido de color, apenas un poco quemado por sus tareas de floricultura á pleno sol.

El padre, con su espíritu de cariño, de bondad, ocultó lo mucho que había sufrido.

—Después de todo, en la cárcel se pasa la vida bien—dijo afectando indiferencia.—Todo depende de tener la conciencia tranquila—y al hacer esta falsa confesión una leve púrpura tiñó sus mejillas pálidas. Él se imaginaba que Ricardo no conocía la verdad.

—¿Y tú que has hecho? preguntó á su hijo.

—Yo, lo que te he dicho en mis cartas; vivir en San Rafael y acabar por convencerme de que no hay mal que por bien no venga. ¡Creo que he dado con mi felicidad! ¿Te acuerdas de la muchacha de que te hablé?—Mira su retrato. No creas que es una joven campesina, inculta; no, es muy bien educada, muy inteligente y sobre todo muy buena.

—Y muy linda—añadió don Carlos, que como buen hombre de mundo no quería contrariar á su hijo, aunque tales relaciones le eran intolerables.—Ya iremos á conocerla. Mañana ó pasado mañana.

Ricardo estuvo á punto de manifestar á su padre que deseaba fuesen inmediatamente; pero no se atrevió. Había tal bondad, tal complacencia en las palabras de don Carlos que no quiso ser exigente. Catalina sabría darle la razón!

XX

Al siguiente día don Carlos, casi no tuvo tiempo de hablar con su hijo. Desde muy temprano estuvo recibiendo visitas; todos deseaban saludarle, hacerle patente la indignación con que vieron los atropellos de que fué víctima. «Sólo en este país se ven tales abusos» «Anda mejor la justicia en China» «Todos conspiran aquí contra el hombre que trabaja», frases eran éstas que oía sin cesar. La gran abalancha de odio se cambió en un mar de adulación. Los más indignados, los más iracundos, antes, como las fieras rendidas por el látigo del domador, ahora solo deseaban lamer la mano del poderoso.

Al fin aprovechando un momento de soledad, Ricardo dijo á su padre:

—¡Sabes que yo me vuelvo á San Rafael!

—¿Cómo á San Rafael, á qué?

—A vivir: esta atmósfera me ahoga; me abruina; todo es falsedad, todo mentira; no puedo vivir aquí.

—Pero Ricardo, por Dios!—añadió don Carlos fijando en su hijo una mirada profunda é investigadora—¿tú quieres echar mi nombre por tierra? ¿De qué servirían en tal caso los sacrificios que hemos hecho? ¿de qué? Mejor estaría en la cárcel. Si huímos, si nos acobardamos, si nuestra cabeza se inclina, siempre mi nombre quedará en tela de juicio y sobre tí y sobre tus hijos, habrá siempre una mancha.

—Pero ¿y Catalina?—preguntó Ricardo.

—Vamos, ya te comprendo— exclamó don Carlos no sin mal disimulada contrariedad.—Muy justo es tu anhelo; pero no hay que precipitarse. Por ella misma te conviene hacer lo que te digo: para entregarle un nombre sin manchilla. Haz viaje á San Rafael todos los días y permanece allá cuanto te dé la gana; pero ven, ven para que asistas á todo, aunque sea contrariado: al teatro, á las reuniones, á los paseos. A propósito, sabes que estuvo á verme una comisión del «Casino Costarricense»? Piensan dar un baile en honor mío; una muestra de aprecio, de consideración social. Acepté la dedicatoria. Iremos. Hay que triunfar, mi querido Ricardo; después nos iremos á donde gustes.

—Entonces me ofreces que nos vayamos después á San Rafael?

—Ya lo creo. Yo soy el primero en desearlo. Hoy mismo man-

daré llamar un arquitecto, para que nos haga una linda casa en ese lugar. Y nos iremos á vivir tranquilos y felices. Hoy vete á San Rafael, que se hace tarde y lleva mis recuerdos más cariñosos á Catalina.

XXI

Cuando Ricardo entró en la sala lujosa y artísticamente adornada, sintió la timidez propia del que, por vez primera, se presenta en una gran reunión. Flaqueábanle las piernas y sentía cierta presión sobre el diafragma. Para disimular su acortamiento, después de algunos pasos, detúvose á saludar una antigua amiga, Isabel Nuñez, muchacha ligera y graciosa, de quien nada tenía que sentir porque nunca tuvo de ella nada que esperar. Una amiguita de salón con quien se baila en la noche y se olvida en la mañana. Cerca de Isabel estaba la señora de Pérez. Ricardo, fingiendo una conversación animada, trató de aparen-

tar que no se había fijado en ella. La hermosa rubia cuidándose poco de este olvido, le dijo con acento de suprema ternura:

—Ricardo... ¡cuánto tiempo sin verle! ¿qué era de Ud.? Le aseguro que le hemos echado mucho de menos. ¿Ha estado ausente?

—No, señora—repuso Ricardo con sequedad y reanudó su conversación. En aquel momento un joven vino á citar á Isabel y Ricardo se quedó solo. La señora de Pérez aprovechó el incidente.

—Ricardo!—volvió á decir al joven que se alejaba, dándole la espalda—venga siéntese. Parece que Ud. huye de mí ¿qué le pasa?

Él sentóse á su lado, sin proferir una sola palabra y ella continuó:

—¿Qué le he hecho? dígame-lo.—¿Querer á una persona es ofensa? ¿Cree Ud. que yo he cambiado? Poco me conoce.

—No hablemos de cosas pasadas—repuso Ricardo con visible disgusto.—Yo no soy ni he sido digno nunca de Ud.—Y como si tratara de cambiar por completo la conversación, agregó:

—¿Quién es esa joven que pasa frente á nosotros?

—Eloísa Delgado ¿le gusta?

—Es linda, lindísima!

—Celebro que aún llamen su atención las rubias—añadió la señora de Pérez, pasándose la mano por su linda cabellera de oro, como para arreglar un rizo en desorden, y repuso después de una pausa:

—Voy á presentarlo con ella; me gusta complacer á las personas de mi predilección.

Después de presentado, Ricardo logró bailar un vals con Eloísa. Era una criatura encantadora, picaresca, vivaz, alegre. Sus ocurrencias de niña mimada por la sociedad y la familia, al-

gunas veces demasiado ligeras, hacían el deleite de cuantos la trataban. Después de muchos comentarios sobre el baile y el teatro y las demás parejas, Eloísa preguntó á Ricardo:

—¿Dónde se ha metido Ud. todo este tiempo que no le hemos visto?

—Estaba en una finquita que tenemos en San Rafael de Desamparados.

—¿En San Rafael? Ah! entonces conocerá Ud. una compañera mía de colegio que vive allá, una pobre muchacha muy buena, Catalina Ortiz.

Ricardo sintió que la sangre afluíá á su rostro, como una ola de fuego. Tardó breves momentos en contestar y en seguida, de una manera inconsciente, repuso:

—No, no la conozco—y siguió conversando sobre cosas indiferentes. Preguntó á Eloísa si vi-

sitaba con frecuencia á la señora de Pérez y como ésta le dijese que eran vecinas y se veían casi todos los días, Ricardo, recordando su aplomo de hombre de mundo, con voz de tierna insinuación la dijo:

—Irá mañana en la noche? Vaya; sería para mí tan grato verla! Yo iré con la esperanza de encontrarla.

Cuando Ricardo se separó de Eloísa, como si ya para él no tuviese otro aliciente el baile, se retiró. Durante el camino iba engañándose á sí mismo. Felizmente he salido de esta fiesta—pensaba—qué sociedad tan fútil, qué muchachas tan coquetas. Sólo por cumplir puede venirse á estas cosas. ¡Qué diferencia entre Catalina y todo ese enjambre de jóvenes que no viven más que para el engaño, los afeitos y las diversiones! Eloísa, es cierto que es muy inteligente, muy simpá-

tica; pero de qué sirve eso para la vida, sin otras cualidades. Cuando llegó á su casa se acostó. Apesar de lo avanzado de la hora y de la agitación del baile tardó en dormirse. La imagen de Catalina, cual una forma de suave remordimiento se revolvía en su espíritu, con su faz angélica, su mirada dulce, su voz apasionada, como en los días amargos en que había llevado á su corazón el consuelo, restañando sus heridas y curándolas con el bálsamo de un amor desinteresado y puro.

XXII

Don Adolfo Pérez era un hombre que había nacido para el comercio y no para el amor. En su escritorio, trabajando noche y día, se olvidaba de todo. Su mujer, entretanto, aprovechaba la infatigable y productiva laboriosidad de su esposo, para gastar sin límites y sus continuas ocupaciones para gozar sin tasa. Era una mujer libre en la plena extensión de la palabra. Recibía á quien le daba la gana y visitaba de igual manera. La circunstancia de no tener hijos era una suerte para ambos. El uno en el trabajo y la otra en el placer no tenían quien les interrumpiese. Antonia á fin de reunir un nú-

mero de visitantes considerable en su casa, daba en ella toda libertad á los que la frecuentaban, y por lo mismo había en sus salones una verdadera corte de amor que distaba mucho de parecerse á las famosas de la Provenza.

La noche que siguió al baile del «Casino Costarricense,» se hallaban en casa de la señora de Pérez unas cuantas personas, no temerosas de los desvelos, comentando en conversación general, la gran reunión. Vestidos y honras con igual ligereza y desparpajo eran cortados, siendo Antonia la más severa para juzgar, sobre todo si se trataba de mujeres casadas. Su gracia, su causticidad y su poca vergüenza le permitían salpicar la conversación de chistes subidos de color que hacían á todos reír, y rodaban de boca en boca fuera de la casa hasta llegar al dominio público.

Cuando Ricardo entró, la conversación estaba en su punto más animado.

—Carolina—decía Antonia—creyó que era baile de fantasía y fué disfrazada de Eva.

—Cómo de Eva?—preguntó don Joaquín Mayorga—un cándido señor que era el bufón de aquellas tertulias.—¿Iba comiéndose la manzana?

—No tanto, no tanto don Joaquín—repuso Antonia—no llegó á eso; pero iba como Eva en el Paraíso: desnuda. Y un coro de carcajadas respondió á la ocurrencia.

Ricardo, después de saludar, dirigió sus miradas por toda la sala en busca de Eloísa. Allá en un rincón, cerca de una lámpara erguida sobre una delgada columna, la graciosa niña rubia cuchicheaba con un joven alemán, barbilampiño, de corta y respingada nariz, sobre la cual

brillaban unos lentes, y boca pequeña, roja, de muchacha bonita. Para disimular Ricardo su contrariedad, una contrariedad de que él mismo no se daba cuenta, pues no quería dar importancia ninguna á Eloísa, trató de aparecer más decididor y chispeante que nunca. Tuvo ocurrencias muy felices y la señora de Pérez, celebró su ingenio con gran entusiasmo, creyendo que aquel derroche de *sprit*, era incienso quemado en sus altares, por un apóstata que deseaba volver á su fé.

Allá por momentos, cuando las risas y bromas lo permitían, se alcanzaba á oír como un murmullo sordo la charla de Eloísa y el alemán, que no tenían un momento de silencio y también reían mucho. Ricardo que no apartaba sus ojos ni su atención de ellos, pudo enterarse de alguna que otra frase suelta de su conversación.

—Si Ud. apenas me conoce como puede decirme eso. Qué galante es Ud.!

Las frases de ella eran muy claras y como si hablase para ser oída de alguien más que de su interlocutor. Ricardo no pudo contenerse, le pareció que le ofendían y dejando el grupo de conversación general fue á interrumpir los coloquios de la pareja. Desde que comenzó á hablar usó de hirientes é irónicas palabras con el alemán. Este lo tomaba todo á risa: ella era la que se empeñaba en su defensa. Pero poco á poco fué cediendo y de tal modo acabó por inclinarse del lado del enemigo, que el alemán, siempre sonriente, pero algo molesto, se vió obligado á retirarse.

—¡Qué contenta estaba Ud.!

—Contenta ¡qué va! aburrída. Ese pobre muchacho es muy escaso, puesto al camino. Ud. si

estaba contento hasta el punto de que no me vino á saludar cuando entró. Claro, estando con Antonia.

—Eloísa, le ruego que no me miente á esa mujer, se lo ruego— y Ricardo, en breves palabras, ocultando muchas cosas le refirió la conducta de la señora de Pérez, afeándola con vivos colores y concluyendo por decir que aquella mujer no le inspiraba más que desprecio.

Los jóvenes siguieron conversando con tal calor que ya se habían marchado casi todas las visitas, y no se daban cuenta de ello. Al fin la señora de Pérez vino á interrumpirlos.

—Perdónenme si los importuno—dijo, pero ya son las doce y anoche no dormimos. En la calle te espera don Joaquín; le he suplicado que te acompañe. Aunque vives tan cerca no conviene que te vayas sola. Pero..... voy también á acompañarte.

Eloísa salió para buscar su abrigo y Antonia tomando una mano de Ricardo le dijo al oído: —Ingrato, ingrato, como me has hecho sufrir.—¿Tánto te trastorna esa chiquilla, para que así te consagres á ella? y al decir esto, febril, apasionadamente, aprovechando la soledad, estampó un beso en los labios de Ricardo.

XXIII

En realidad había hecho ostensibles demostraciones de amor hacia Eloísa, ó eran visiones de la señora de Pérez? Ricardo no sabía explicárselo claramente. Recordaba, sí, que al lado de la joven había pasado momentos deliciosos, que había derrochado el arsenal de sus galanterías, y puesto mucha ternura en sus palabras y mucha pasión en sus ojos. Pero tales demostraciones, se confesaba en definitiva, no eran sino pasatiempo de salón, galanterías de hombre de mundo. Por encima de aquellas pequeñeces, estaba Catalina, la dulce flor campestre, la hermosa compañera de sus días tristes.

Quando acabó de vestirse, dispúsose á partir para San Rafael. La mañana era tibia y entonadora. Las primeras lluvias prestaban á los campos un verde brillante y esmaltado como el de las hojas, limpias por el riego de la estación. Cuando llegó á lo alto de la cañada en cuyo fondo se desliza el Morco, sintió el corazón invadido de ternura, al propio tiempo que una sombra de melancolía, cierta depresión moral que no le dejaba gozar plenamente de la soberbia y rejuvenecida naturaleza. Apretó los ijares de su cabalgadura y partió al galope para llegar más pronto. En la ventana, con las miradas fijas en el camino, la joven le esperaba.

—Al fin has venido—exclamó ella, cuando llegó—y en su voz había tal sentimiento de dolor que Ricardo no pudo menos de bajar los ojos lleno de turbación.

—Cinco días hace apenas que no vengo—repuso él al fin—y eso, tú lo sabes bien, mi querida Catalina, no ha sido por culpa mía. Quiere mi padre reanudar sus negocios y he tenido que ayudarle en sus tareas. Nada más justo que complacerle, después de lo mucho que ha sufrido. ¿No te parece?

—Sí, es muy justo—repuso Catalina, siempre con acento de oculto pesar—pero—¡qué quieres! no puedo resignarme á no verte; no puedo—y estas palabras las pronunció con voz desgarradora.

Catalina no se atrevía á censurar á Ricardo; su cariño que rayaba en veneración, no podía tener exigencias; era un amor humilde, sufrido, lleno de secretas ternuras. Sin embargo, cuando estuvieran sentados en el lugar de costumbre, en el extremo del corredor, desde don-

de se veía allá á lo lejos, tendida en la falda del monte la ciudad de San José, no pudo menos de decirle, con dulce reproche:

—Te acuerdas cuando me decías que odiabas aquello?—y extendió su mano para señalar la mancha blanca, especie de hacinamiento de grandes piedras, que indicaba la ciudad.

✓ —No he cambiado de modo de pensar, la odio siempre y mi único deseo es volver á mi casita de campo ¿pero qué quieres? hay que conformarse. Sin embargo, pronto, muy pronto se cumplirán nuestros deseos. Oh! yo te lo juro.

—Esa es mi esperanza; pero con todo, no sé, tengo miedo, gran miedo á San José; me figuro que quiere robarte á mi amor. Tonterías de mujer. Comprendo que no son otra cosa!

Después preguntó á Ricardo qué había hecho en los cinco

días de ausencia y si se había divertido en el baile. El joven tuvo que mentir. Divertirse, imposible! ¿cómo podía ser lejos de ella? No; había ido á cumplir acabando por retirarse muy temprano, sin bailar, aburrido y deseoso únicamente de consagrarse á ella con todo su pensamiento y todo su corazón. De su visita á casa de la señora de Pérez, no dijo una sola palabra.

—Y tú, mi querida Catalina, ¿qué has hecho? agregó, más por cortar la conversación que por interrogar á su amada.

—Yo acabé de bordarte otro pañuelo y cuando no he estado sobre el bastidor, me he dedicado á leer tus cartas. Creerás que ya casi las sé de memoria. Ayer se me ocurrió ir á ver los lugares por donde paseábamos; pero me dió gana de llorar. Después, al pasar frente á su casa, me puse tristísima. Con la llegada del

invierno todas las plantas tienen flores, como verías, pero están tan descuidadas, se ve la gran falta que les hace tu cultivo. Eso me afectó mucho: el abandono de esas pobres plantas me pareció que me alcanzaba á mí en forma de olvido. No pude resistir y me puse á llorar. Al decir esto la voz de Catalina temblaba y sus dulces ojos se humedecían.

Ricardo tomó entre sus manos la linda cabeza de la virgen y besó su frente. Después la colmó de palabras de amor, de juramentos, de promesas y ella sonreía, con las mejillas encendidas de placer y centellantes los ojos.

Pero Ricardo no se encontraba del todo feliz; cierta tensión, cierto esfuerzo le era preciso para pintar su amor y eso le mortificaba. Al fin acabó por sentir el deseo de terminar aquella escena.

—Me marchó, dijo.

—Ya!!—exclamó ella y tal pasión y ruego puso en el sencillo monosílabo, que el joven se estremeció.

—No quisiera irme, pero es preciso,—agregó amorosamente.—De buena gana me quedaría aquí, á tu lado toda la vida. Felizmente eso será pronto, muy pronto y de nuevo besó la frente de Catalina, blanca como el alabastro, y tersa como los pétalos de un jazmín.

XXIV

Apesar de los propósitos hechos por Ricardo de no volver á casa de Antonia, no por temor á ella, sino por no encontrarse con Eloísa, volvió á la noche siguiente. Cuando dieron las ocho se dirigió al Casino, después dió unas cuantas vueltas por la calle del Comercio, entró á las librerías con objeto de hojear los libros nuevos. En todas partes sentía un malestar, un aburrimiento indecibles. Al fin á eso de las nueve, para sacudir su tristeza, se dirigió á casa de la señora de Pérez. En el mismo momento que él entró á la sala, Eloísa se puso de pie para marcharse.

—Se vá Ud. ya?—preguntó Ricardo, al propio tiempo que sentía su alma herida por ruda contrariedad.—Parece que mi llegada es la causa de su partida.

—Oh no, como vá á ser eso.—Tenía que irme temprano, porque debe llegar á casa el señor Waagen, aquel alemán que vió Ud. aquí la otra noche—y Eloísa acompañó estas palabras con una risita maliciosa, que hizo á Ricardo sonrojarse.

Tendió su mano á la joven, sin querer insistir en que se quedase y trató de estar más alegre y jovial que nunca. Dominando la repugnancia que había acabado por inspirarle Antonia, estuvo con ella galante, obsequioso, hasta el punto de que uno de los tertulianos dijo á su compañera bastante alto para ser oído:

—Como que cierto fénix, renace de sus cenizas, vea Ud. á Ricardo y Antonia.